

LA EXPERIENCIA, CRECIMIENTO Y MINISTERIO DE VIDA PARA EL CUERPO

(Viernes: segunda sesión de la mañana)

Mensaje dos

Poner fin a nuestra constitución natural a fin de estar en resurrección

Lectura bíblica: 1 Co. 2:14; Fil. 3:3-11; Jn. 12:24-26

I. Un aspecto crucial de la experiencia de vida es el hecho de poner fin a la constitución natural—1 Co. 2:14; Fil. 3:3-9:

- A. Debemos conocer lo impotente o incompetente que es nuestro ser natural en lo que se refiere a las cosas de Dios—2 Co. 3:5-6:
1. Tal vez seamos competentes en otras cosas, pero en nuestro ser natural no somos en absoluto competentes, ni tenemos la suficiencia ni el poder en cuanto a las cosas de Dios—Ef. 2:1, 5a; 4:17-18; 1 Co. 2:14; Jer. 17:9; Ro. 6:6; 7:24; 8:7-8; Mt. 16:24.
 2. En cuanto a las cosas de Dios, no debemos tener ninguna confianza en nuestro ser natural; antes bien, debemos aprender a rechazar nuestro ser natural y a ejercitar nuestro espíritu en todo—Fil. 3:3; Ro. 8:4.
 3. En el recobro del Señor nuestro ser natural no tiene cabida alguna; las iglesias en el recobro del Señor, por ser parte del Cuerpo viviente de Cristo, espontáneamente rechazarán todo lo que es natural—1 Co. 12:12-13.
 4. En la edificación de la iglesia, todo lo natural en nosotros debe ser quebrantado antes de que podamos ser unidos; sólo podremos ser edificados cuando hayamos sido quebrantados en nuestro ser natural—*Himnos*, #356, estrofas 6 y 7.
- B. En la expresión *constitución natural* la palabra *constitución* denota el conjunto total de nuestras facultades físicas y mentales—1 Ts. 5:23:
1. La constitución natural es una característica sobresaliente del hombre anímico y es una expresión prominente de la manifestación del viejo hombre en nuestro vivir—1 Co. 2:14; Ro. 6:6.
 2. La constitución natural es la expresión de la manifestación del viejo hombre en nuestro vivir, un vivir que está relacionado con la habilidad, capacidad, sabiduría, astucia, estrategias y destrezas humanas; Jacob es el mejor personaje representativo de la constitución natural—v. 6; Gn. 28:20-22.
 3. Dios no puede usar a nadie que simplemente sea capaz de manera natural; la capacidad natural, si no es quebrantada, es un estorbo para Dios—32:22-32.
- C. Debemos entender el proceso de la experiencia en la que ponemos fin a la constitución natural:
1. Debemos ver que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo—Ro. 6:6.
 2. Debemos entender que la constitución natural es una expresión muy marcada del viejo hombre.

3. De manera espontánea debemos recibir la crucifixión de Cristo en nuestra constitución natural, aplicando la cruz de Cristo mediante el poder del Espíritu Santo sobre nuestra constitución natural:
 - a. Cuando recibamos y apliquemos la crucifixión de Cristo, toda nuestra capacidad natural será sellada con el sello de la muerte y poco a poco se secará—Mt. 16:24.
 - b. Esta acción de recibir representa una importante crisis espiritual en nuestra vida; esto puede llegar a ser nuestro Penuel, donde nuestra habilidad y capacidad naturales son tocadas por Dios—Gn. 32:22-32.
4. Nosotros aplicamos la experiencia de poner fin a nuestra constitución natural en la comunión del Espíritu Santo y permitiendo que el Espíritu Santo aplique la crucifixión de Cristo sobre cada área de nuestra vida natural a medida que éstas van siendo descubiertas—2 Co. 13:14; Ro. 8:13.

II. Cuanto más anulada sea nuestra constitución natural, más estaremos en resurrección—Fil. 3:3-11:

- A. Todos los aspectos de nuestra constitución natural provienen de la vida natural y no de la vida de resurrección de Cristo; lo contrario de ser natural es estar en resurrección—v. 11.
- B. Nuestra experiencia de poner fin a la constitución natural tiene como resultado que nuestra habilidad, capacidad y sabiduría innatas pasen por la muerte de cruz, resuciten y, de ese modo, lleguen a ser aceptables y útiles a Dios—Jn. 12:24-26.
- C. Nuestra capacidad natural debe ser introducida en la resurrección, de modo que llegue a ser útil al Señor—Fil. 3:3-11:
 1. La capacidad natural es egoísta, y sus maquinaciones y estratagemas buscan el beneficio del yo; en cambio, la capacidad resucitada ha sido quebrantada y ya no busca el beneficio del yo ni tiene ningún elemento del yo.
 2. La capacidad natural está mezclada con los elementos de la carne y el enojo; en cambio, la capacidad resucitada está desprovista de la carne.
 3. La capacidad natural incluye astucias y maniobras; en cambio, la capacidad resucitada no maquina cosas.
 4. La capacidad natural contiene el elemento del orgullo y hace que uno se sienta muy capaz, lo cual produce jactancia y vanagloria; en cambio, la capacidad resucitada no es orgullosa ni se jacta en sí misma.
 5. La capacidad natural no está bajo el control del Espíritu Santo y es extremadamente osada al hacer cualquier cosa; en cambio, la capacidad resucitada es controlada por el Espíritu y no se atreve a actuar conforme a sus deseos.
 6. La capacidad natural no tiene en cuenta la voluntad de Dios, por lo que actúa enteramente según su propia voluntad; en cambio, la capacidad resucitada concuerda con la voluntad de Dios.
 7. La capacidad natural no depende de Dios, sino que depende enteramente del yo; en cambio, la capacidad resucitada depende de Dios y no se atreve a actuar conforme al yo.

- D. Dios está operando por medio de la cruz para aniquilarnos, para ponernos fin, a fin de que ya no confiemos en nosotros mismos, sino en el Dios de la resurrección—2 Co. 1:9.
- E. Llegar “a la superresurrección de entre los muertos” indica que todo nuestro ser ha sido resucitado paulatina y continuamente; ésta debe ser la meta y destino de la vida cristiana—Fil. 3:11.
- F. A medida que experimentamos a Cristo en Su resurrección, somos trasladados misteriosamente a la tribu de “Neftalí” y llegamos a ser “neftalitas”; una porción de la historia personal de cada cristiano debe ser misteriosa; en dicha porción misteriosa somos trasladados a la tribu de Neftalí para vivir por el Cristo resucitado—2 Cr. 2:14; 1 R. 7:14; Gn. 49:21; Sal. 22, título.
- G. Si permitimos que nuestra capacidad, habilidad y virtudes naturales sean llevadas a la cruz y mueran allí, seremos resucitados—Ro. 8:13; Jn. 12:24:
 - 1. Entonces en resurrección nuestra capacidad, habilidad y virtudes serán mucho más excelentes de lo que eran en la vida natural.
 - 2. Estas cosas siguen siendo nuestras, pero después de experimentar la muerte y la sepultura, se hallan ahora en resurrección:
 - a. Esto significa que nuestra capacidad, habilidad y virtudes han entrado en resurrección—Fil. 3:11.
 - b. Nosotros seguimos existiendo, pero ahora nosotros, junto con nuestra capacidad, habilidad y virtudes naturales, hemos entrado en la esfera de la resurrección—Jn. 12:25-26.
- H. La realidad de la resurrección es el Espíritu, y el Espíritu es la consumación del Dios Triuno; por lo tanto, la resurrección es el Dios Triuno consumado—1 Co. 15:45; Mt. 28:19; 2 Co. 13:14:
 - 1. Nuestra capacidad, habilidad y virtudes naturales necesitan ser trasladadas de nuestra vida natural al Dios Triuno por medio de la muerte y la sepultura.
 - 2. En nosotros mismos somos personas naturales, pero cuando somos trasladados de nosotros mismos al Dios Triuno, quien es la resurrección, entramos en la resurrección—Jn. 11:15; 2 Co. 1:9.
- I. Nunca es una pérdida sembrar la “semilla” de nuestra capacidad natural poniéndola en la tierra, porque cuando sembramos esta semilla, la perdemos temporalmente, pero al final obtendremos una cosecha en resurrección—Jn. 12:24-26.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

RECHAZAR LA FUERZA Y CAPACIDAD NATURALES

En nuestro servicio, debemos hacerlo todo conforme al principio de encarnación. El principio de encarnación consiste en que la naturaleza divina es forjada en la humanidad. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, lo hizo todo en Su humanidad, la cual estaba llena del elemento divino. Él no hizo nada valiéndose de Sus fuerzas o Sus capacidades naturales. Él dijo que no podía hacer nada aparte del Padre (Jn. 5:19). El Padre estaba en Él y era uno con Él en todo lo que hizo, en todo lo que habló y en toda obra que realizó (14:10; 10:30). Todo lo que hizo, todo lo que dijo y todas Sus obras fue realizado con el Padre como elemento divino.

Al servir al Señor, debemos discernir si las fuerzas y capacidades con las que realizamos tal servicio son fuerzas y capacidades divinas o naturales. Debemos aprender la lección de rechazar nuestras fuerzas y capacidades naturales, y ayudar a todos los santos en el aprendizaje de esta lección.

La fuerza y capacidad naturales actúan por cuenta propia, y no según la voluntad de Dios

Cuando Moisés y Pedro eran jóvenes, ellos actuaban por sí mismos, no según la voluntad de Dios. Hoy en día es posible que nuestras acciones y servicios para el Señor sean realizados por cuenta propia, valiéndonos de nuestra fuerza y capacidad naturales y no según la voluntad de Dios. Puesto que poseemos la fuerza y capacidad necesarias, puede parecernos que no necesitamos orar, esperar en el Señor, buscar la voluntad del Señor o buscar la dirección del Señor. Esto fue exactamente lo que le sucedió a Moisés. Cuando él mató al egipcio para proteger a su compatriota hebreo, lo hizo por cuenta propia y no según la voluntad del Señor (Éx. 2:11-12). La situación lamentable en la que se encuentra el cristianismo actual se debe a que la gente labora para el Señor, en la gran mayoría de los casos, por cuenta propia valiéndose de su propia fuerza y capacidad naturales. Ellos no oran pidiendo la dirección del Señor. Ellos oran sólo para que el Señor derrame Su bendición en lo que hacen. Ellos no oran inquiriendo cuál sea la voluntad del Señor, pues confían en su fuerza y capacidad naturales.

La fuerza y capacidad naturales buscan su propia gloria y la satisfacción de sus propios deseos

Cuando laboramos dependiendo de nuestra fuerza y capacidad naturales, la meta que tenemos es buscar nuestra propia gloria y satisfacer nuestros propios deseos. Si recibimos esta visión, ella aniquilará nuestras motivaciones impuras y nuestra tendencia a buscar nuestro propio beneficio. De hecho, al participar en la obra del Señor no debiéramos abrigar deseos propios, ni tampoco debiéramos fijar nuestras propias metas en procura de nuestra gloria, en busca de alguna jactancia personal. Todo cuanto hacemos debiera ser hecho simplemente porque el Señor nos dirigió a hacerlo; no porque tengamos que cumplir con nuestra propia agenda a fin de alcanzar la meta que nos hemos fijado. Esto es erróneo. Nuestra meta tiene que ser la misma meta que tiene el Señor.

Así pues, aniquilar nuestros deseos y nuestras metas equivale a darle muerte a nuestra fuerza y capacidad. Nuestros propios deseos y metas que tengamos en procura de nuestra gloria corresponden plenamente con nuestra fuerza y capacidad naturales. La gente de este mundo, e incluso muchos cristianos, realizan muchas cosas valiéndose de su propia fuerza y capacidad naturales a fin de satisfacer sus propios deseos y conseguir su propia gloria, pero nosotros debemos rechazar y repudiar esto.

Es necesario que la fuerza y capacidad naturales pasen por la operación de la cruz

Es necesario que la fuerza y capacidad naturales pasen por la operación de la cruz. De hecho, ni siquiera vencer o tomar medidas con respecto al pecado es tan difícil como esto. Vencer nuestra fuerza y capacidad naturales, es una lección mucho más personal y subjetiva; es más subjetiva que tomar medidas con respecto al pecado. En cierto sentido, nuestra fuerza y capacidad naturales equivalen a nuestro yo, a nuestra constitución natural. Nuestra fuerza y capacidad naturales son la corporificación de nuestro yo. Por ello, después de negar el yo, necesitamos aprender la lección de rechazar nuestra fuerza y capacidad naturales y que ellas pasen por la operación de la cruz.

La fuerza y capacidad naturales llegan a ser útiles en resurrección para nuestro servicio al Señor

La fuerza y capacidad naturales son útiles si pasan por la operación de la cruz. Después que pasan por la operación de la cruz, ellas están en resurrección. Por ejemplo, algunos hermanos se valen de su elocuencia natural, mientras que otros hablan con una elocuencia que ha pasado por la cruz. Dicha elocuencia está en resurrección. Algunos que no tienen mucha experiencia posiblemente se pregunten cuál es la diferencia entre la elocuencia natural y la que está en resurrección. Esto es muy difícil de explicar, pero se puede discernir fácilmente si se tiene la experiencia. Solamente aquellos que tienen la experiencia pueden discernir entre la fuerza y capacidad naturales que no han pasado por la cruz y la fuerza y capacidad naturales que están en resurrección por haber pasado por la cruz.

En resurrección, algo divino ha sido forjado en nuestra fuerza y capacidad propias. Aun algo del elemento divino se ha forjado en nuestra elocuencia. Cuando hablamos, debemos permitir que nuestra elocuencia pase por la operación de la cruz. La cruz siempre forja el elemento divino en la persona que ha sido disciplinada, lo cual trae a Dios a ellos. Si su elocuencia no ha pasado por la operación de la cruz, ésta simplemente es una elocuencia natural que carece de todo elemento divino; pero si su elocuencia ha pasado por la operación de la cruz, esa elocuencia está en resurrección y está llena del elemento divino. Dios no está en la elocuencia natural. Pero la elocuencia que “ha pasado por la operación de la cruz” en resurrección está llena de Dios. Después de haber pasado por la cruz, nuestra fuerza y capacidad llegan a ser muy útiles en el servicio al Señor pues están en resurrección. (*Basic Lessons on Service*, págs. 154-156)

LA DIFERENCIA ENTRE LA CONSTITUCIÓN NATURAL Y LA VIDA DE RESURRECCIÓN

Hemos definido la constitución natural como aquello que corresponde a la habilidad, capacidad, sabiduría y astucia humanas, pues todas éstas se derivan de nuestra vida natural y no de la vida de resurrección de Dios. Son adquiridas por nacimiento; no brotan de la resurrección, la cual sólo se experimenta después que hemos sido quebrantados en Cristo. La diferencia entre la constitución natural y la vida de resurrección es indudablemente grande. El hecho que le pongamos fin a la constitución natural consiste en que nuestra habilidad inherente, nuestra capacidad, sabiduría y astucias innatas experimenten la muerte de cruz, y sean resucitadas, para que así lleguen a ser aceptables y útiles a Dios.

Cuando algunas personas oyen acerca de ponerle fin a la constitución natural, ellos piensan que Dios no desea nuestra habilidad ni nuestra capacidad. Este concepto es erróneo. Para ser útiles a Dios, indiscutiblemente necesitamos nuestra habilidad y nuestra capacidad.

Según la revelación que presenta la Biblia, nosotros vemos claramente que la obra de Dios en esta tierra requiere la cooperación del hombre. Es imposible que el hombre coopere con Dios si no posee ninguna habilidad o capacidad. De la misma manera que la madera y la piedra no pueden cooperar con Dios, así tampoco las personas necias e incapaces pueden cooperar con Dios. Nosotros siempre decimos que el hombre inteligente es inútil para Dios, pero el necio es aún menos útil. También decimos que un hombre capaz es inútil ante Dios, pero los que no lo son, son aún más inútiles. Realmente, todos aquellos que son inútiles en este mundo también lo son en la mano de Dios. A través de todas las generaciones, todos aquellos que han sido usados por Dios han sido personas capaces ganadas de este mundo. Tenemos que admitir que Moisés fue un hombre muy competente con capacidad, previsión, sabiduría e inteligencia; por lo tanto, Dios lo pudo usar para liberar a los israelitas de Egipto. Además, por medio de él

fueron escritos los libros más importantes del Antiguo Testamento, el Pentateuco. También tenemos que reconocer que Pablo fue un hombre competente, que poseía una educación elevada y que era rico en pensamiento; por lo tanto, tenía capacidad para recibir revelación de parte de Dios, lo cual le permitió escribir las verdades profundas y elevadas del Nuevo Testamento. Si bien Pedro y Juan fueron sólo pescadores de Galilea, podemos suponer que ellos estaban entre los mejores pescadores y de ninguna manera eran hombres ordinarios.

El principio más grande en el servicio espiritual es que el hombre debe cooperar con Dios. Aunque Dios hace todas las cosas, sin embargo en todas las cosas Dios necesita que el hombre coopere con Él. Nunca puede ocurrir que aquellos que no saben hacer nada, que son incapaces y reacios a hacer algo, puedan ser usados por Dios. A menudo oímos a los hermanos y hermanas decir: “Yo creo que Dios puede hacerlo”, no obstante ellos mismos no hacen ningún esfuerzo para cooperar. Esta clase de fe es vana. Sin duda, Dios puede hacerlo, pero también es necesario que el hombre pueda hacerlo. Si el hombre no puede hacer algo, aun cuando Dios pueda, Él no lo hará. Dios tendrá que buscar aquellos que son aptos y que están dispuestos a cooperar con Él. Dios obra según la capacidad del hombre. Dios obra según el grado de cooperación del hombre. Por lo tanto, nosotros debemos ser aptos e idóneos, y aprender a ser hombres útiles en todo aspecto; entonces seremos adecuados para que Él nos use.

Sin embargo, en cualquier caso Dios no puede usar a uno que sea apto meramente en lo natural. La capacidad natural, hasta que no sea quebrantada, es un impedimento para Dios. Ésta debe ser quebrantada, debe pasar por la muerte y ser resucitada para poder ser usada por Dios. La habilidad natural es similar al hierro crudo el cual, debido a que es demasiado duro y quebradizo, no es muy útil y se rompe con facilidad. La habilidad resucitada es como acero forjado, firme pero maleable, es decir, bueno para el uso y no se agrieta fácilmente. Por lo tanto, Dios no puede usar a alguien que no está capacitado, ni tampoco puede usar a alguien que está capacitado, pero aún que no ha sido quebrantado. Todos aquellos que son útiles en la mano de Dios son aquellos que son capaces, pero cuya capacidad ha sido quebrantada. Si examinamos a todos aquellos que han sido usados por Dios a través de todas las generaciones, veremos que casi todos ellos eran capaces, ricos en el poder del alma, y tenían previsión e inteligencia, pero al mismo tiempo, habían sido quebrantados por Dios.

El ejemplo más sobresaliente de la Biblia es Jacob, de quien ya hemos hablado. En el aspecto natural, él era hábil y astuto. Pero un día Dios lo quebrantó y él llegó a ser Israel; entonces perdió su habilidad y astucia. No obstante, cuando lo observamos en el momento de bendecir a los dos hijos de José, él no estaba confundido en absoluto. Él tuvo suma claridad y previsión. Además, las bendiciones que impartió a sus hijos (Gn. 49) son grandes profecías en la Biblia. Aquellas palabras son verdaderamente grandes y maravillosas. Si Jacob hubiera sido insensible y necio, ¿cómo podría haber pronunciado tales palabras? Por otro lado, si Jacob hubiera dependido meramente de su mente natural, su pensamiento o su capacidad natural, tampoco habría podido pronunciar esas palabras. Su mente, pensamiento y habilidad naturales después de haber sido quebrantadas por Dios, llegaron a estar resucitadas y a ser espirituales; de este modo, él pudo ser usado por Dios para hablar esas grandes profecías.

El mismo principio se aplica a nuestro entendimiento de la voluntad de Dios. Dios es un Dios extremadamente sabio e inteligente. Por lo tanto, para entender Su voluntad, se requiere la sabiduría y la inteligencia humanas. Una persona necia nunca puede entender la voluntad de Dios. No obstante, una persona que depende solamente de su propia sabiduría e inteligencia tampoco puede. Lo que es necesario es que el hombre tenga inteligencia, sabiduría y un pensamiento claro, y que ponga todos éstos bajo la cruz, permitiendo que la cruz ponga su sello de muerte sobre ellas. Esta clase de persona tiene su propia mente, sabiduría

y pensamiento, no obstante, no hace las cosas conforme a sí misma, para sí misma o dependiendo de sí misma; es usada solamente conforme a Dios, para Dios y dependiendo de Dios. Tal persona no tiene su propia intención ni ningún elemento de su propio ser, mucho menos el designio de su propia mano maquinadora. Él solamente confía en la misericordia de Dios; espera Su visitación y busca Su revelación. Solamente esta clase de persona puede entender la voluntad de Dios y tener claridad en cuanto a Su dirección.

A partir de esto aprendemos que la habilidad y la capacidad naturales no quedan en nada luego de habersele dado fin. El quebrantamiento y la muerte de la cruz no es el paso final. La verdadera muerte de la cruz siempre trae resurrección. Jesús de Nazaret fue muerto en la cruz, no obstante Cristo fue resucitado. Después de Génesis 35, Jacob fue completamente disciplinado y se le dio fin; sin embargo, surgió un Israel maduro. Por lo tanto, la operación de la cruz siempre trae resurrección. Cuanto más las capacidades de uno pasan por la cruz, más capacitado uno viene a ser. Cuanto más la inteligencia de uno pasa por la cruz, más sabio llega a ser uno. Así que, esta capacidad y esta sabiduría están en resurrección.

Por esta razón, por una parte, animamos a las personas a leer y estudiar la Biblia, para que ejerciten su mente y previsión, para que aprendan a comportarse como seres humanos, a manejar las cosas y a trabajar, a fin de estar capacitados. Por otra parte, nosotros siempre le decimos a la gente que la educación, así como la capacitación, no son útiles. Cuando decimos esto, queremos decir que estas cosas tienen que ser quebrantadas y resucitadas. Estos dos aspectos aparentemente se contradicen, pero para nosotros son prácticos y absolutamente necesarios.

¿Cómo podemos diferenciar entre la habilidad natural y la habilidad resucitada? ¿Cómo podemos decir cuál es la habilidad innata y cuál es la habilidad que ha sido quebrantada? Hay siete puntos de comparación. Primero veremos la habilidad natural.

Primero, toda habilidad humana es egoísta, y todas sus maquinaciones y sus estratagemas tienen como fin el beneficio de nuestro yo. Segundo, toda habilidad natural está mezclada con los elementos de la carne y del temperamento; por lo tanto, cuando es desaprobada se siente irritada. Tercero, toda habilidad natural envuelve astucia y maniobras. Cuarto, toda habilidad natural contiene orgullo y hace que uno se sienta capaz, resultando así en jactancia y glorificación propia. Quinto, ninguna habilidad natural está bajo el control del Espíritu Santo y es extremadamente osada al hacer cualquier cosa. Sexto, ninguna habilidad natural tiene cuidado por la voluntad de Dios; actúa enteramente según su propia voluntad. Séptimo, la habilidad natural no se apoya en Dios y no tiene que hacerlo, sino que confía totalmente en el yo.

La habilidad resucitada es exactamente lo opuesto. Primero, toda habilidad que ha sido quebrantada y resucitada no está en pro del yo, y tampoco tiene elemento alguno del yo. Segundo, toda habilidad resucitada está desprovista de la carne. Tercero, la habilidad resucitada no maquina. Cuarto, la habilidad resucitada no es orgullosa ni se jacta en sí misma. Quinto, la habilidad resucitada está controlada por el Espíritu Santo y no se atreve a actuar según sus deseos. Sexto, la habilidad resucitada concuerda con la voluntad de Dios. Séptimo, la habilidad resucitada confía en Dios y no se atreve a actuar según el yo, aunque sea verdaderamente apta y capaz.

Como ya tenemos claridad con respecto a la diferencia entre la habilidad natural y la habilidad resucitada, debemos examinarnos a nosotros mismos en nuestra experiencia. Cuando ejercitamos nuestra habilidad, ¿lo hacemos para nosotros o para Dios? ¿Tomo yo decisiones por mí mismo y actúo individualmente y egocéntricamente, o puedo soportar la crítica de

otros y su oposición? ¿Empleo maquinaciones, o busco la gracia de Dios? ¿Doy la gloria a Dios, o me jacto y me glorío de mí mismo? ¿Estoy siendo controlado por el Espíritu Santo o estoy actuando según mi deseo? ¿Estoy cumpliendo mis propios deseos, o me ocupo de la voluntad de Dios? ¿Intento yo llevar a cabo la meta por cualquier medio, o encomiendo todas las cosas en las manos de Dios, confiándole a Él los resultados? ¿Estoy dependiendo exclusivamente de mis propios recursos, o estoy confiando en Dios con temor y temblor? Si nos examinamos estrictamente, descubriremos que en nuestra vida y servicio, muchas áreas están aún en la constitución natural y son de la vieja creación; por lo tanto, no podemos llevar fruto de resurrección. Por consiguiente, ponerle fin a la constitución natural es la liberación que más necesitamos. (*La experiencia de vida*, págs. 262-267)